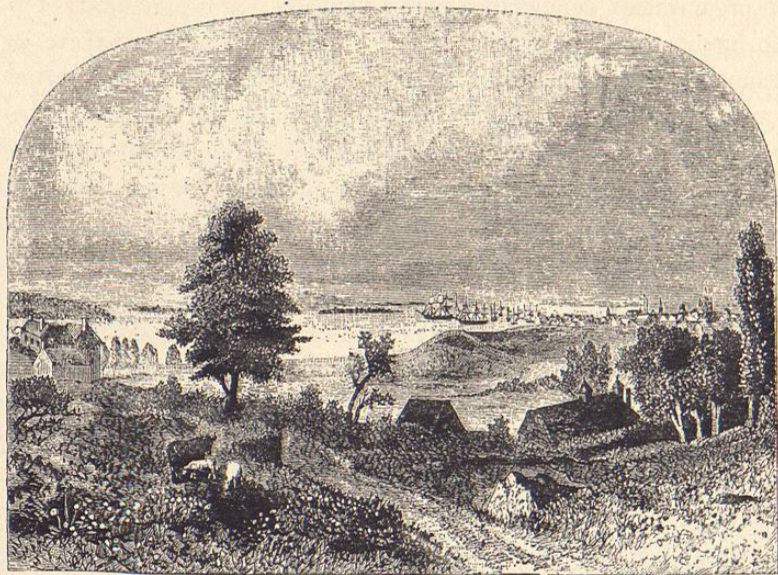


nentes defensores del principio democrático, pues sin rebajar á los Adams, á Hancock, y al santo Cooper de Massachussets que decía que la tiranía no sólo era opuesta á la libertad civil sino á la religiosa, á Franklin de Pennsylvania, á Wilson del Maine y á tantos otros, es indiscutible que los grandes oradores, los grandes políticos pertenecían á las colonias realistas, dándose este otro fenómeno que allí donde era más vivo el partido antifederalista, es decir, el que pretendía poner por encima de la autoridad de la federación la de los Estados, es de donde salieron los primeros de los federalistas, los verdaderos padres como hemos dicho antes de la idea americana; á las colonias realistas pertenecen como

hemos visto Washington, Hamilton, Maddison y Jay.

¿Qué es, pues, del espíritu realista de las colonias realistas, de ese espíritu turbulento, dictatorial, exagerado, intolerante, tiránico y orgullosamente soberano? Si no se refleja en los federalistas el espíritu de las colonias realistas, ¿es que desaparece con los *loyalistas* ó partidarios de Inglaterra? No, desgraciadamente; el espíritu del Sud, el espíritu realista se refugia en los que desde el primer momento levantan la bandera de la soberanía de los Estados contra la de la Nación, en los separatistas, en los que luégo y como arma de partido y de oposición á los federalistas á quienes acusaban de realistas, se dieron el nombre de republicanos.



Nueva-York en la época de la revolución



CAPITULO III

LA IDEA AMERICANA Y LA UNIDAD NACIONAL

Cómo procedían los americanos en su revolución.—Actitud de Henry en la asamblea de Filadelfia.—*Declaración de los derechos coloniales*.—Memorial al rey.—Manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña.—Manifiesto al pueblo de América.—Opinión de Lord Chatam sobre estos documentos.—Batalla de Lexington.—Segunda reunión de la asamblea de Filadelfia.—Nómbrase á Washington jefe de las fuerzas americanas.—Nuevo mensaje al rey y al pueblo de la Gran Bretaña.—Opinión de Guizot acerca del Congreso americano.—Opinión de Pittkin.—Contestación de Franklin á los comisionados de la Carolina del Norte.—Manifestación de las juntas de las colonias.—Disidencia entre las opiniones populares y las de los cuerpos oficiales.—Mecklemburgo se declara independiente.—Paine.—Comociones populares.—Declárase independiente la Carolina del Sud.—Los Estados van declarando su independencia.—El 8 de Junio de 1776.—El gran discurso de Lee.—Reunión de las asambleas de los Estados.—Discurso de Dickirson en la de Pennsylvania.—El 4 de Julio de 1776.—Declaración de la Independencia de América.—Estado de la situación.

DEREZOSA y lentamente procedieron los americanos á su organización política. Obraban de esta suerte, no sólo por prudencia sino por efecto de la indecisión general, por la carencia de un plan antes coordinado, por falta de resolución, teniendo antes del conflicto que llevar á cabo su autonomía, unión é independencia; y por falta de ideal político que conseguir, aunque por el sólo hecho de la ruptura, se despertara virtualmente de todos los americanos, pero á cuya resolución se oponían ya desde un principio los encontrados intereses y las antiguas rivalidades de las trece colonias. Presentían la gravedad del conflicto, lo que había de temerario en desafiar la fuerza y poderío de la Gran Bretaña, y la necesidad de una unión interina, no sólo para resistir y vencer sino para conservar, y de aquí que la gravedad del caso

tuviera á todos perplejos é indecisos, y que á lo menos aparentemente se les viera llegar al momento del rompimiento como arrastrados por la fatalidad ú obediencia á un oculto designio de la Providencia. Los ideólogos políticos de Europa no concebirán ni se explicarán nunca tan tardío y torcido modo de proceder. Sin embargo también tuvo América sus osadías, pues á la declaración general de independencia ya hemos dicho que se adelantó tal cual colonia de por sí, y en particular la ciudad de Mendon en Massachussets, siendo de notar que fueron sus principios los que luégo informaron la *Great Declaration* de las colonias.

Cuando la orden de cerrar el puerto de Boston llegó á América y convenció á las trece colonias de que Inglaterra no estaba dispuesta á ceder á sus justas resoluciones, no se levantaron las Juntas ó

asambleas coloniales como un solo hombre contra la madre patria para declarar su independencia, como parece exigirlo lo dramático del asunto, y como sólo puede concebirse en este viejo mundo, lleno de ideólogos políticos y de hombres de estado con más corazón que cabeza, más teóricos que prácticos, más dados á las altas especulaciones de la ciencia que á las miserables realidades de la vida, á la triste realidad de lo presente; las colonias con dignidad aunque humildemente se limitaron á protestar del acuerdo, á ninguna de ellas se les escapó una sola amenaza, aunque todas manifestaron su decisión á oponerse á las ilegales medidas del gobierno. La misma asamblea de Boston, disuelta por el gobernador, sólo tomó el acuerdo de llamar á una junta general á los representantes de las trece colonias. Junta, como dice la convocatoria, encargada de examinar las medidas que deban adoptarse para que se respeten y conserven los derechos y libertades de los americanos, tanto civiles como religiosos, y para que se restablezca, como lo desean todos los buenos, la unión y armonía entre la Gran Bretaña y América. Esto decía la colonia directamente agraviada, al convocar á sus hermanos para la reunión de 1.º de Setiembre de 1774.

Reunidos los representantes de las colonias en Filadelfia, en la época fijada,—5 de Setiembre,—vacilaron los hombres más grandes de América, como cuentan los historiadores, en el partido que debían tomar, y todos afirman que en el momento supremo de principiar las deliberaciones, un silencio frío, glacial, retuvo sentados por largo rato mudos y cabizbajos á aquellos hombres, cuyo deseo no se atrevían á divulgar pesarosos y temerosos de las graves responsabilidades en que iban á incurrir, hasta que Henry, rompiendo aquel embarazoso silencio y elevándose en alas de su elocuencia hasta la sublime majestad del asunto, arrastró cautivando á todos los reunidos, así á los más jóvenes como á los más ancianos, así á los más entusiastas como á los más reservados; se habló largamente..... pero sólo en aquel día se acordó reunirse al siguiente é inaugurar los debates «rezando antes en corporación el divino oficio,» que dijo, según el rito episcopal, el rector de la iglesia de Filadelfia.

Deliberó aquella asamblea á puerta cerrada, espantada de las consecuencias que pudiera traer el eco de su voz en aquellos días de grandes tribulaciones, cuando los cañones se habían ya cargado para la batalla de Lexington, y de aquella asamblea, de la que parecía debía salir el rayo de la guerra, salió el olivo de la paz y de concordia, la

declaración de los derechos coloniales, recopilación de los que tenían por derecho las colonias, memorial de agravios al Parlamento inglés para que hiciera justicia, y como en ella confiaban, terminaban diciendo: «que por ahora no habían resuelto más que las siguientes medidas pacíficas, para oponerse á los ilegales actos de Inglaterra; 1.º formar una asociación para que no se importen géneros ni mercancías; 2.º dirigir un manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña, y otro al de América, y 3.º elevar una *leal* exposición al gobierno de S. M.» Y decía Jay en el manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña: «Creemos que aún hay mucha virtud, mucha justicia y espíritu público en la nación inglesa, y á esos sentimientos apelamos desde luego. Os han dicho que somos sediciosos y turbulentos, y que deseamos la independencia; mas creed que eso no son hechos sino calumnias. Dejados ser tan libres como vosotros, y estad seguros que una mútua unión será nuestra mayor gloria y felicidad, que siempre estaremos dispuestos á contribuir hasta donde lo permitan nuestras fuerzas, al bienestar y prosperidad del reino, y que vuestros enemigos serán los nuestros y uniremos los intereses. Pero si llegáis á consentir que vuestros ministros se burlen desapiadadamente de los derechos de la humanidad, si ni la voz de la justicia y de la razón, ni las leyes de los hombres, ni los principios constitucionales son suficientes para retraeros de verter sangre humana en una causa tan impía, deber nuestro es advertiros que nunca nos someteremos como esclavos á ningún gobierno ni á ninguna nación del mundo.»—«*Volvednos á la situación que ocupábamos al terminar la última guerra entre nosotros, á la primitiva armonía.*»—Y decía Enrique Lee, el Cicerón de América, en ese manifiesto que el Congreso de Filadelfia acordó dar al pueblo de América: «Entre estas provincias y ese reino—Inglaterra—hay un lazo social que no deseamos romper y que tampoco puede deshacerse hasta que la madre patria se muestre completamente hostil, ó permita en llevar á cabo las medidas destructoras que se van poniendo en ejecución en estas colonias, que una vez reducidas al último extremo, se verían en la precisión de renunciar á toda clase de consideraciones para atender á su propia conservación. A pesar del violento impulso que se ha dado á las disposiciones del gobierno, no hemos llegado aún al último extremo, ni deseamos tampoco acelerar un fatal desenlace; y por eso mismo hemos elegido un sistema de oposición que no impide que nos conciliemos de la mejor buena fe con nuestros conciuda-

danos de allende el Atlántico;» y en la petición al rey de Dickinson, por no haber satisfecho la que redactó Henry (Patrik), decían las colonias: «Apelando al testimonio de aquel Sér que juzga imparcialmente á sus criaturas, aseguramos de una manera solemne que nuestros Consejos, al proceder como lo hacen, no tienen más objeto que impedir las funestas consecuencias de un grave trastorno. Permittednos, pues, Señor, que elevemos nuestra voz hasta el trono, en nombre del leal pueblo de América y en el de las leyes del Altísimo, á cuya pura religión están faltando nuestros enemigos. Aun cuando sólo sea por vuestra gloria, que se realizará con la felicidad de vuestros súbditos, por los intereses de vuestra familia, y por la salvación y bienestar de vuestros reinos y dominios, amenazados de inminentes peligros y dolorosas calamidades, rogamos á V. M. atienda la súplica de aquellos que aun viviendo en un país lejano están enlazados íntimamente con ese pueblo por las leyes, por la sangre y por su lealtad.» Hé aquí un lenguaje y una actitud bien poco en consonancia con el de las revoluciones europeas; la actitud resuelta de América de defender su derecho no va hasta romper arbitrariamente el pacto social que la une con la Gran Bretaña; el Congreso decía con la misma energía, pero con mayor sensatez que el Breno usó con el Senado romano: «Elegid.» De estas comunicaciones dijo Lord Chatam, en pleno Parlamento inglés, «que no tenían igual en la historia, y que el Congreso de Filadelfia se había conducido con la más profunda sabiduría, nobleza, moderación y dignidad.»

Admitiendo, porque no es posible suponer otra cosa, que los representantes de las colonias reunidas en Filadelfia no llevasen el plan preconcebido de declarar la independencia del Norte América, aunque no rechazasen esta eventualidad, si á ello les obligaba la terquedad de Inglaterra, no es de extrañar la languidez y poca energía de los americanos en los primeros momentos de la lucha: para combatir es necesaria una idea, una bandera, y esta idea aún no la tenían los americanos, germinaba en lo profundo de sus corazones, era una aspiración, pero nadie se atrevía á manifestarla en el seno del Congreso de las colonias reunidas, supeditadas todas por la gravedad y trascendencia de las circunstancias; por esto el Congreso se prorogó sin constituir un gobierno, aunque con el solo hecho de no disolverse quedaba de vigilante centinela de las libertades y derechos de los americanos.

Para llegar á una situación más despejada fué desgraciadamente necesario un sangriento conflicto.

Quiso el general que mandaba en Boston apoderarse de un arsenal que habían organizado los americanos en Concord, á 16 millas de Boston, lo que dió lugar al combate ó batalla de Lexington, favorable á los americanos. A la noticia del derramamiento de sangre ocasionada por la iniciativa de los ingleses, el Congreso de Massachussets dijo que: «Considerando que la agresión había partido de las tropas británicas, *apelaban al cielo*—el grito de Locke—para la justicia de su causa, y que estaban resueltos á vencer ó á morir.» Reunióse de nuevo el Congreso—10 de Mayo de 1775—se tomaron varias providencias militares; se nombró á Washington, que se había distinguido en la guerra del Canadá, jefe de las fuerzas americanas reunidas delante de Boston, pero como no dió el grito de independencia, aún se limitó á enviar nuevos mensajes al rey y al pueblo de la Gran Bretaña, aún decía al Congreso al primero: *seguimos siendo siempre los más leales servidores del rey*; y al justificarse ante el pueblo americano por haberle llamado á las armas, les decía: «No hemos reunido ejércitos con la ambiciosa mira de separarnos de la Gran Bretaña ni de declararnos independientes;» y terminaba invocando la acción de la Providencia para llegar á una *reconciliación razonable*. En el segundo manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña se encuentran estas palabras: «Se nos acusa de querer proclamarnos independientes, pero ¿quién podrá apoyar esta acusación? No se debe juzgar por lo que digan los ministros, sino por nuestras propias acciones.» Ahora bien, un pueblo que una y otra vez protesta de su lealtad al rey y á la patria, poniendo á Dios por testigo de su ingenuidad, ha de ser creído; si pudiera dudarse de la lealtad del pueblo americano, si alguna sospecha pudiera caer sobre él acerca de su sinceridad en las protestas de adhesión y lealtad al rey y á Inglaterra, que diariamente hacían el Congreso y las juntas de los Estados, sería necesario convenir en que el pueblo americano era el más falaz de la tierra y el menos digno de la estimación de los hombres y de la protección de la Providencia que tanto invocaban.

Pero de la misma manera que no hay motivo para dudar de la lealtad de sus manifestaciones públicas, no lo hay para dudar de sus intenciones. Aún no se sabe de nadie que haya puesto en duda la rectitud de los patriotas americanos. Guizot, cuyo testimonio será de seguro bien imparcial en el asunto, explica en pocas palabras las causas de la indecisión del Congreso, que no hay duda había de juzgarse torcidamente por los prevenidos ó infatuados ingleses. «Había en el Congreso,—dice Guizot,

—hombres de muy distintas opiniones, pues mientras unos profesaban el mayor respeto y afecto á la madre patria, sentíanse otros arrastrados por su amor á la independencia americana; los primeros mostrábanse inquietos y enojados, los segundos atrevidos y confiados; pero á todos dominaba el mismo sentimiento de dignidad, dando esto lugar á una mezcla de encontradas ideas, que no ocasionó, sin embargo, ninguna división entre aquellos hombres.» Al testimonio de Guizot podemos añadir el del his-



Ejército inglés y hescence

aqueellos momentos no era procedente se unieran las colonias, que lo que convenía era proponerles medios más oportunos para que se reconciliase el país con la madre patria, y que no debía formarse asociación alguna hasta llegar al último extremo.» Si del testimonio individual pasamos ahora al general, veremos á la Junta del Estado de Virginia protestar de nuevo de su lealtad y de su deseo de reanudar por todos los medios posibles los lazos de amistad entre la Gran Bretaña y los habitantes de América; la de la Carolina del Sud declaraba que ni el deseo de introducir innovaciones, ni el de alterar la Constitución del Gobierno, ni el de proclamarse independientes, había tenido la menor influencia en sus consejos; la Junta de la Carolina del Norte invocaba el testimonio del Todopoderoso, «que conoce,—decía,—nuestras más resueltas intenciones, para que diga si no es nuestro mayor deseo el devolver al es-

torador Pitkin, quien cuenta que aún después de la derrota de los americanos en Bunkers-Hill—Julio de 1775—que costó la vida al general Warren que tanto se había distinguido en la de Lexington y que lloraron grandemente los patriotas, pues lo mismo en la tribuna que en el campo de batalla arrastraba á todos con la energía de su alma, había muchas personas que aún no estaban resueltas á declarar la independencia; ¿qué más? en Agosto de ese mismo año Franklin decía á la Carolina del Norte «que en

tado en que nos encontrábamos antes de 1773.» La Pennsylvania decía á sus delegados «que si en el Congreso se trataba de proclamar la independencia, que se opusieran á ello con todas sus fuerzas.» Igual manifestación y mandato dió la Junta del Maryland; la de Nueva-York hacía constar: «que el estado de perturbación en que se hallaba el país no era por desafección al rey, ni por deseo de proclamarse independiente, sino por las medidas opresoras del Parlamento.» El New-Hampshire, decía: «lejos de querernos proclamar independientes, nos regocijara en extremo celebrar una reconciliación de la manera que proponga el Congreso Continental, en cuya providencia y sabiduría confiamos.»

Si estas repetidas muestras de lealtad no se hubiesen dado antes de la batalla de Lexington ganada por los americanos, pudiera decirse y creerse que la derrota de éstos en Bunkers-Hill les obligaba á

una mentida sumisión ó lealtad por temor ó cobardía, pero esto no puede decirse, ni menos suponerse: digamos en honor de los americanos que nadie lo ha dicho ó supuesto.

¿Cómo y por dónde había de llegar el Congreso á la declaración de la independencia?

El pueblo en general, como observa Spencer, estaba más decidido por la causa de la independencia que sus corporaciones oficiales. El gobernador de Nueva-Jersey se quejó á la asamblea del Estado, de

que muchas personas empezaban á declararse abiertamente en favor de la independencia, y que en varios periódicos se ridiculizaba el temor del pueblo que no se atrevía á imitar el ejemplo, y aunque la asamblea protestaba de su lealtad y obediencia, siempre existía el hecho que denunciaba el gobernador y que evidenciaba el estado de los ánimos. Era también un hecho de toda evidencia que meses antes de hacer la Junta de la Carolina del Norte sus públicas manifestaciones de lealtad y adhesión al monarca de



Ejército americano y francés

Inglaterra una parte de dicho estado ó condado de Mecklemburgo se había declarado independiente,—la patriótica actitud de esta parte de la Carolina fué trasmitida á su posteridad, pues al declararse la guerra de separación, Mecklemburgo se separó del resto del Estado y se declaró por la unión. — En la segunda reunión del Congreso los representantes de Massachussets se oponían enérgicamente á que se enviase una segunda petición al rey, y manifestaciones más ó menos hostiles se hacían, en fin, á favor de la independencia por el pueblo de todos los Estados.

A estas espontáneas manifestaciones de la opinión popular hijas de un recto sentido y libres de toda segunda intención, y por esto mucho más importantes que las de las juntas de los Estados imbuídas de otros respetos desconocidos del pueblo, se unía el trabajo de propaganda de algunos escritores elo-

cuentes y atrevidos; el folleto de Paine *el sentido común* tuvo por lo menos tanta parte como la victoria de Washington, en Boston, para despejar la situación de tan embarazosos compromisos.

Durante este período de resistencia hubo varias conmociones populares en los Estados realistas; el espíritu democrático de la lucha tomó su revancha y cambió la Constitución de New-Hampshire, Virginia y Carolina del Sud, y aunque no se atrevió, como hemos dicho, á aconsejarles ni que se declarasen independientes ni que se constituyesen en república, una y otra cosa hicieron por su cuenta los patriotas de aquellos Estados dirigidos por Rutledge y Henry. De suerte que después de la declaración de independencia del condado de Mecklemburgo de la Carolina del Norte, fué la Carolina del Sud la que declaró primeramente su independencia, siguiendo luego la Virgi-